

Liudmila Ulítskaya

Mentiras de mujeres

Traducción del ruso de Marta Rebón



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Skvoznaya liniya

Eksmo

Moscú, 2003

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: foto © Lisbeth Salas

Primera edición: enero 2010

© De la traducción, Marta Rebón, 2010

© Liudmila Ulitskaya, 2003

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7524-9

Depósito Legal: B. 42834-2009

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Múrcia, 36

08830 Sant Boi de Llobregat

PRÓLOGO

¿Se puede comparar la gran mentira masculina –estratégica, arquitectónica, tan antigua como la respuesta de Caín– con las encantadoras mentiras de las mujeres en las que no se adivina ninguna intención, buena o mala, ni siquiera un atisbo de aprovechamiento?

He aquí un matrimonio regio, Ulises y Penélope. Su reino, la verdad, no es demasiado grande: una treintena de casas, un pueblo de tamaño mediano. Las cabras en un redil (ni hablar de gallinas, probablemente aún no se habían domesticado), la reina prepara queso y teje alfombras. Perdón, sudarios... Lo cierto es que ella es de buena familia. Su tío es rey y su prima es la mismísima Helena, por quien se desencadenó la guerra más encarnizada de la Antigüedad. Por cierto, Ulises también figuraba entre los pretendientes a la mano de Helena, pero, pícaro él, tras sopesar los pros y los contras se casó no con la más bella de las mujeres, no con la superestrella de moralidad dudosa, sino con Penélope, la buena ama de casa que, hasta la vejez, fastidió a todo el mundo con su ostentosa fidelidad conyugal, pasada ya de moda para la época. Y eso mientras él, famoso por sus «ingeniosas invenciones» y su capacidad de com-

petir con los dioses en lo que a artimañas y perfidia se refiere (así lo atestigua la propia Palas Atenea), finge regresar a casa. Durante décadas surca el Mediterráneo robando reliquias sagradas y seduciendo a profetisas, a reinas y a sus criadas; mítico embustero de aquellos tiempos antediluvianos en que la rueda, el remo y la rueca ya se habían inventado, pero no así la conciencia.

Al final, los propios dioses deciden favorecer su retorno a Ítaca porque, si no le prestan ayuda, puede que regrese a su pueblo por sus propios medios, desafiando al destino, y mancille así a los habitantes del Olimpo.

Entretanto, nuestra envejecida impostora de alma cándida deshace por la noche el trabajo que ha hecho durante el día, descolora con lágrimas sus ojos, tan brillantes en su juventud, aprieta contra sus pechos flácidos y abandonados sus finos dedos, cuyas articulaciones ha deformado la artritis, y envía a paseo a los pretendientes, que hace tiempo sólo se interesan por sus bienes materiales (que, si bien modestos, no dejan de ser regios) y en absoluto por sus encantos pasados... Estúpida obstinación femenina. A decir verdad, ni siquiera sabe mentir. Se descubre su estrategia. De un momento a otro podrían ultrajar a esa anciana respetable dándola en matrimonio al más codicioso de sus pretendientes.

Al final Ulises consiguió todo lo que deseaba: se introdujo en la cultura de la humanidad como en otro tiempo se había introducido en el caballo de Troya, dejó su estela por todos los mares, diseminó su semilla por un sinnúmero de islas y plantó a todo el mundo para regresar en el momento oportuno a sus obligaciones de rey en su querida patria. Engañó a todos aquellos que el destino puso en su camino. Excepto al destino mismo: un hermoso día de otoño atracó en la orilla de Ítaca un joven héroe en busca del padre

que le había abandonado y, por error, hirió de muerte a su papá, sin dejar más que un pequeño intersticio entre la vida y la muerte para la explicación final. Es una de las variantes del mito de Ulises... Pero pese a ese fracaso final decidido de antemano y que ninguno de los mortales puede esquivar, Ulises ha pasado a la posteridad como héroe milenario en tanto que gran mentiroso, aventurero y seductor... ¡Qué habilidoso era en el arte del engaño! ¡Se anticipaba al curso del pensamiento ajeno con el fin de adelantar, rodear, superar, tender trampas y vencer a sus adversarios! Incluso la maga Circe cayó en su trampa... Ulises quedó grabado en la memoria de los pueblos como gran arquitecto y constructor de astutas mentiras...

Penélope se quedó sin nada. Pasó el tiempo entregada a sus labores ante su telar multiuso, tejiendo y destejiendo; su mentira, igual que su costura, era dúctil y evasiva... A pesar de sus vanos esfuerzos a lo largo de los años, no consiguió ocupar un puesto tan importante como el de su marido o el de su prima.

Carecía de cierta cualidad femenina: el arte de la mentira. Ahora bien, la mentira de las mujeres —a diferencia de la de los hombres, que es pragmática— es un tema apasionante. Las mujeres lo hacen todo de otra manera: piensan, sienten, sufren... y mienten de forma diferente.

¡Santo cielo, y cómo mienten! Por descontado, hablamos sólo de aquellas que, a diferencia de Penélope, están dotadas del don de la mentira... De pasada, por descuido, sin causa ni motivo, con ardor, de improviso, poco a poco, sin orden ni concierto, desesperadamente, de modo completamente inmotivado... Aquellas que poseen ese don mienten desde la primera hasta la última palabra que pronuncian. Y cuánto encanto, talento, ingenuidad e impertinencia, inspiración creadora y brillo. Ni atisbo de cálculo,

aprovechamiento o maquinación... Es sólo una canción, un cuento, un enigma. Pero un enigma sin respuesta. La mentira de las mujeres es un fenómeno natural, como el abedul, la leche o los abejorros.

Toda mentira, como las enfermedades, posee su etiología. Puede ser congénita o no. Rara como el cáncer de corazón o tan extendida como la varicela. Luego está la que presenta los síntomas de una enfermedad epidémica. Una clase de mentira social que de repente contagia a casi todos los miembros de una colectividad femenina, en un jardín de infancia, un salón de belleza o en cualquier otra institución donde la mayoría de empleados sean mujeres.

He aquí un breve estudio, presentado en forma literaria, sobre este problema, que no pretende resolverlo por completo y ni siquiera parcialmente.

DIANA

El niño parecía un erizo, con su hirsuto y oscuro pelo de punta, su nariz curiosa y alargada, que se estrechaba hacia la punta, y sus maneras graciosas de animalito independiente que husmea constantemente por los rincones y es inaccesible a las caricias y al contacto, no digamos ya a los besos maternos. Pero su madre, a juzgar por las apariencias, también era de la raza de los erizos: no le tocaba, ni siquiera le daba la mano por el sendero abrupto cuando remontaban de la playa a la casa. Él escalaba la pendiente delante de ella, y ella le seguía despacio, dejándole que se agarrara por sí solo a las matas de hierba, que se levantara, se cayera y volviera a trepar hacia la casa, evitando el recodo suave de la carretera por donde iban los veraneantes normales. Aún no había cumplido los tres años, pero su carácter era tan marcado e independiente que la madre incluso olvidaba a veces que casi era un bebé y le trataba como a un hombre adulto, contando de antemano con su ayuda y protección. Después se daba cuenta y, poniéndoselo sobre las rodillas, le hacía saltar mientras cantaba: «Caballito blanco, llévame de aquí...», y él se echaba a reír, hundiéndose entre las rodillas, sobre el dobladillo tenso de su falda.

–Sasha, Sasha, cómete la *kasha* –le decía para burlarse de él.

–Mami, mami, cómete el salami –replicaba él, contento.

Así llevaban una semana entera, viviendo los dos solos en la casa grande, ocupando la más pequeña de las habitaciones, mientras todas las demás, a la espera de sus inquilinos, habían sido limpiadas a conciencia, preparadas para ser habitadas. Era mediados de mayo, la temporada no había hecho más que comenzar, hacía un poco de frío, así que no era época para bañarse, pero, en compensación, la vegetación del sur no había perdido su gracia ni sus colores, y las mañanas eran tan claras y límpidas que, desde el primer día, cuando Zhenia se despertó al alba por casualidad, ya no se había perdido ni un solo amanecer: un espectáculo cotidiano cuya existencia había ignorado hasta entonces. Los dos llevaban una vida tan agradable y apacible que Zhenia comenzó a dudar de los diagnósticos que los psiquiatras infantiles habían emitido sobre su turbulento e inquieto hijo. No armaba escándalos, tampoco le daban rabieta, incluso habría podido llamarle obediente si Zhenia hubiese tenido una idea precisa de qué significaba en general la palabra «obediencia».

Al cabo de una semana, a la hora de comer, un taxi se detuvo cerca de la casa y de él surgió todo un gentío: primero el conductor, que sacó del maletero un extraño aparato metálico de uso desconocido; después, una hermosa mujer alta y pelirroja, con una melena leonina; luego, una viejecita encorvada, a quien enseguida instalaron en el artilugio montado a partir del aparato plano; más tarde, un niño mayor que Sasha, y, finalmente, la propietaria de la casa en persona, Dora Surénovna, maquillada como para ir a una fiesta y más agitada que de costumbre.

La casa estaba situada en la pendiente de una colina,

colocada de través, torcida con respecto a todo lo demás. La carretera asfaltada pasaba por debajo; otra, una carretera de tierra, llena de baches, dominaba el terreno; y, al lado, venía a sumarse todavía otro sendero: el camino más corto hacia el mar. Por el contrario, la parcela de la finca estaba maravillosamente organizada: había en el centro una mesa grande rodeada por todos lados de árboles frutales, y dos casas, una frente a la otra, con ducha, lavabo y cobertizo, todo dispuesto formando un círculo, como en un decorado de teatro. Zhenia y Sasha estaban sentados en un extremo de la mesa comiendo macarrones, pero en cuanto aquel tropel inundó el patio redondeado, perdieron de inmediato el apetito.

—¡Hola, hola! —La pelirroja lanzó su maleta y su bolsa y se dejó caer en el banco—. ¡Nunca os había visto por aquí!

Y de repente todo encajó: la pelirroja allí estaba en su casa; ella era la primera actriz mientras que Zhenia y Sasha eran novatos, personajes secundarios.

—Es la primera vez que venimos —casi se disculpó Zhenia.

—Siempre hay una primera vez para todo —respondió filosóficamente la pelirroja, y se dirigió a la habitación grande con terraza a la que Zhenia le había echado el ojo al principio, pero la propietaria se la había quitado de la cabeza con una negativa categórica.

El taxista arrastró hacia el jardín a la viejecita dentro de su jaula. Ella emitía débiles gorjeos en una lengua extranjera, según le pareció a Zhenia.

Sasha se levantó de la mesa y se alejó con aire digno y desenvuelto. Zhenia recogió los platos y se los llevó a la cocina: después de todo sería inevitable que se conocieran. La aparición de aquella pelirroja había transformado totalmente el paisaje estival.

El niño, rubio, con una nariz respingona y un cráneo increíblemente estrecho, se dirigió a la pelirroja en una lengua que, esta vez, seguro que era inglés, pero Zhenia no comprendió esas palabras. En cambio, la mamá pelirroja replicó de modo muy claro:

–*Shut up, Donald!*

Hasta ese momento Zhenia no había visto nunca a un inglés. Y resultó que la pelirroja y su familia eran genuinos ingleses.

Las dos mujeres se conocieron realmente más tarde, a una hora que los meridionales todavía consideran la tarde, cuando los niños estaban acostados y los platos de la cena fregados. Zhenia, después de haber cubierto la lámpara de mesa con un pañuelo para no perturbar el sueño de Sasha, leía *Anna Karénina*, estableciendo comparaciones entre ciertos episodios de su vida personal hecha añicos y el drama auténtico de una mujer auténtica, con aquellos bucles que le caían sobre el cuello blanco, sus hombros femeninos, los volantes de su bata y un bolsito rojo bordado entre sus dedos de pianista.

Zhenia nunca se habría atrevido a ir a molestar a la nueva vecina en su terraza iluminada, pero ella sí que llamó a su ventana con sus duras uñas lacadas, y Zhenia salió ya en pijama y con un jersey por encima porque por las noches refrescaba.

–¿Sabes lo que he hecho al pasar por delante del Gastronom del Partido? –preguntó la pelirroja con un aire severo. Zhenia guardaba un silencio estúpido porque no se le ocurría nada ingenioso—. He comprado dos botellas de oporto de Crimea, eso es lo que he hecho. Tal vez no te guste el oporto, ¿prefieres el jerez? ¡Vamos!

Y, dejando a un lado a Anna Arkádievna, Zhenia, como hechizada, siguió a aquella espléndida mujer, envuelta en

una especie de poncho o de manta deshilachada de cuadros verdes y rojos...

En la terraza todo estaba patas arriba. La maleta y la bolsa estaban deshechas, y era asombrosa la cantidad de prendas multicolores y alegres que habían cabido dentro: las tres sillas, la cama de campaña y la mitad de la mesa estaban completamente cubiertas. Su madre estaba sentada en una silla plegable, con la carita blanquecina ladeada, donde una sonrisa obsequiosa llevaba visiblemente mucho tiempo olvidada.

La pelirroja, sin quitarse el cigarrillo de los labios, sirvió oportuno en tres vasos, un poco menos en el último, que puso en las manos de su madre.

—A mamá puedes llamarla Siuzanna Yákovlevna, pero también puedes ahorrártelo. No entiende ni una palabra de ruso, lo hablaba un poco antes de su ataque, pero después lo olvidó todo. El inglés también. Sólo se acuerda del holandés. La lengua de su infancia. Es un verdadero ángel, pero no tiene nada en el cerebro. Toma, *granny* Suzi, bebe...

Con un movimiento cariñoso, la pelirroja le dio el vaso, y ella lo cogió entre las dos manos. Con interés. Daba la impresión de que no lo había olvidado todo, ni mucho menos...

La primera velada estuvo consagrada a la historia familiar de la pelirroja. Una historia deslumbrante. El ángel sin cerebro de origen holandés había tenido una juventud comunista, había unido su destino con un súbdito del Reino Unido de sangre irlandesa, oficial del ejército británico y espía soviético, que había sido capturado, condenado a muerte, canjeado por algo de igual valor y exportado a la patria del proletariado mundial...

Zhenia era todo oídos y no se dio cuenta de que estaba bebiendo más de la cuenta. La vieja mujer roncaba ligeramente en su silla, después dejó escapar un pequeño chorro.

Irene Leary (¡menudo nombre!) levantó los brazos al cielo.

—Me he relajado un momento y me he olvidado de sentarla en el orinal. Bueno, ahora ya no importa...

Todavía durante una hora continuó desgranando aquella historia familiar suya, una historia digna de envidia, y Zhenia se sentía cada vez más ebria, en esta ocasión no por culpa del oporto, del que se habían bebido hasta la última gota, sino a causa de la admiración y del entusiasmo que le inspiraba su nueva conocida.

Se separaron hacia las dos de la madrugada, después de haber cambiado y lavado un poco a Suzi, a la que habían arrancado de su sueño y no comprendía absolutamente nada.

El día siguiente fue ajetreado y ruidoso. Por la mañana, Zhenia preparó el desayuno, sirvió gachas de avena a todo el mundo y luego llevó a los dos niños a dar un paseo. Donald, el niño inglés, cuya genealogía, a pesar de haber nacido en Rusia, era igual de abrumadora (su abuelo por parte paterna era un espía aún más famoso, también él capturado e intercambiado por algo de más valor todavía respecto al abuelo materno) resultó ser un niño excepcionalmente bueno; amable, bien educado y algo que suscitó la simpatía de Zhenia hacia él no menos que hacia su pelirroja madre: había tratado inmediatamente al inquieto y travieso Sasha con generosidad y condescendencia, como un hermano mayor trataría a su hermano pequeño. En efecto, él era mayor; ya había cumplido los cinco años. Enseguida había manifestado una nobleza propia de un adulto: cedió sin tardar a Sasha un cochecito sofisticado, le enseñó cómo se abría el capó y, cuando llegaron al quiosco del agua delante del cual Sasha siempre se ponía a lloriquear y donde Zhenia solía comprarle agua gaseosa en un

vaso turbio, el niño de cinco años rechazó con la mano el vaso que él le tendía y le dijo:

—Tú primero. Yo beberé después.

¡Era un auténtico Lord Fauntleroy! Cuando Zhenia llegó a casa, Irene estaba sentada en la mesa del patio con la propietaria. A juzgar por lo servicial que se mostraba la altiva Dora con la nueva inquilina, era obvio que la tenía en muy alta estima. La propietaria ofreció a todos una sopa de cordero, caliente y sazonada con pimienta. El niño inglés comía despacio y con unos modales impecables. Ante Sasha había una escudilla, y Zhenia se preparaba ya para calmar en voz baja a su hijo, que era muy remilgado con la comida: sólo comía puré de patata con croquetas de carne, pasta y gachas de avena con leche condensada. Y nada más. Nunca.

Pero Sasha miró al pequeño Lord Fauntleroy y hundió la cuchara en la sopa. Y por primera vez en su vida comió un alimento que no estaba incluido en su lista...

Después de comer, los niños fueron a dormir la siesta y las mujeres se quedaron sentadas a la mesa. Dora e Irene recordaban la temporada pasada, bromeaban animadamente sobre desconocidos, sobre viejas historias de veraneantes. Suzi estaba sentada en su silla, con una sonrisa tan inmutable e incongruente como el lunar marrón entre su nariz y su boca. Zhenia se quedó allí un rato, se bebió una taza del excelente café de Dora y se retiró a su habitación. Se acostó al lado de Sasha con la intención de sumirse de nuevo en la lectura de *Anna Karénina*. Pero era casi una indecencia y algo inoportuno leer durante el día, así que dejó a un lado aquel libro decrepito y se puso a dormir, entregándose a la ensoñación de que aquella noche la pasaría en la terraza a solas con Irene, sin Dora... Beberían oporto. Qué bien estarían... Y desde muy arriba, como desde lo alto de una nube, cayó en la cuenta de que hacía dos días, justo desde que ha-

bía llegado la pelirroja Irene, que no se había acordado ni una sola vez de la repugnante asquerosidad de la vida, que también podía definirse como desastre, ese reseco cangrejo de un marrón negruzco que la chupaba desde dentro... Oh, ¡que se fuera al diablo! Después de todo, no era tan interesante aquel amor-para-toda-la-vida. Y se sumergió en el más profundo de los sueños...

Cuando se despertó, todavía flotaba en una nube porque sentía una alegría que le venía de algún lado y que no había experimentado desde hacía mucho tiempo. Despertó a Sasha, le puso el pantalón y las sandalias y se fueron a dar una vuelta por la ciudad, donde había un tióvivo que a Sasha le encantaba, y enfrente del cual se hallaba el Gastronom del Partido.

«¿Por qué “del Partido”? Tengo que preguntárselo a Irene», pensó Zhenia.

Dos botellas de oporto. Aquel año el vino era excelente. Gorbachov todavía no había lanzado su ataque contra el alcoholismo, y los sovjoses, los koljoses y algunos viejos particulares producían vino de Crimea: secos, semisecos, con cuerpo, de Massandra y de Novi Svet, mediocres y de gran valor... En cambio no había azúcar, ni mantequilla, ni leche. Pero eso se olvidaba como un detalle insustancial. Porque la vida en sí misma era muy sustancial.

Pasaron de nuevo la velada bebiendo oporto en la terraza. Sólo que acostaron más pronto a la anciana. Ella no puso ninguna objeción. En general, se limitaba a asentir, a dar las gracias en una lengua desconocida y a sonreír. De vez en cuando gritaba: «¡Irene!», y cuando su hija llegaba, sonreía con aire confundido, porque ya había olvidado para qué la había llamado.

Irene estaba sentada con los codos apoyados en la mesa y la mejilla sobre la palma de la mano. Tenía cogido el vaso

con la mano derecha. Los naipes estaban esparcidos por toda la mesa, vestigios de un solitario que había quedado sin terminar.

—Hace más de un mes y no ha pasado nada. Hay algo que no encaja... Zhenia, ¿a ti te gustan las cartas?

—¿A qué te refieres? De niña jugaba al burro con mi abuelo en la dacha... —respondió Zhenia, sorprendida por la pregunta.

—Quizás mejor así... A mí, en cambio, me gustan. Me gusta jugar y tirar las cartas... Cuando tenía diecisiete años, una pitonisa me leyó el futuro. Debería olvidarlo... Pero no lo he olvidado. Y todo ha ocurrido como si se tratara de un guión, tal como ella había dicho. —Irene cogió algunas cartas, acarició sus dorsos abigarrados, y las lanzó sobre la mesa boca arriba. Encima de todo quedó el nueve de tréboles—. ¡No lo puedo soportar! Y siempre me persigue. ¡Largo de aquí! Me da ardores de estómago...

Zhenia reflexionó un instante y preguntó:

—¿Quieres decir que tú siempre sabes cuál será el final? ¿No es aburrido?

Irene arqueó una ceja amarilla.

—¿Aburrido? Pero, bueno, tú no entiendes nada... ¡Qué va! No es nada aburrido... Si yo te contara...

Irene sirvió lo que quedaba de la primera botella en los vasos, se bebió el suyo y después lo apartó.

—Zhenia, ya debes de haberte dado cuenta de que soy una charlatana, ¿no? Lo cuento todo de mí. No sé guardar un secreto. Tampoco los de los demás, tenlo en cuenta: estás avisada por si acaso. Pero hay una cosa que nunca le he contado a nadie. Tú serás la primera. No sé por qué, pero de repente me han entrado ganas...

Soltó una risita, se encogió de hombros y añadió:

—A mí misma me sorprende.

Zhenia también apoyó los codos en la mesa y posó la mejilla sobre la palma de su mano. Estaban una frente la otra, mirándose fijamente con aire pensativo y absorto, como en un espejo... Zhenia también estaba sorprendida de que Irene la hubiese escogido así, de golpe y porrazo, para hacerle confidencias. Y se sentía halagada.

—Mi madre era una belleza, el vivo retrato de Dina Durbin, si eso te dice algo. Y ha sido siempre una idiota. Bueno, no una idiota, más bien lenta de entendederas. La quiero mucho. Sólo que siempre ha tenido la cabeza hecha un lío: por un lado es comunista, por otro, luterana, y en tercer lugar, es admiradora del marqués de Sade. Siempre estaba dispuesta a dar todo lo que tenía, sin pensárselo dos veces, pero de repente también podía montarle una escena a mi padre porque necesitaba con urgencia aquel traje de baño que se había comprado en 1930, en el bulevar Saint-Michel, en la esquina que está delante del Jardín de Luxemburgo... Cuando mi padre murió, yo tenía dieciséis años y nos quedamos las dos solas. Tengo que hacer justicia a mi padre, no sé cómo se las arregló para salir adelante dado que las circunstancias de sus vidas fueron increíblemente difíciles. Ella demostraba una ineptitud total, absolutamente triunfante; no ha podido trabajar ni un día de su vida porque, a pesar de sus dos lenguas maternas, inglés y holandés, no fue capaz de aprender ruso. ¡En cuarenta años! Mi padre trabajaba en la radio, la habrían podido contratar. Pero aunque allí el ruso, en principio, no era indispensable, como mínimo hacía falta saber decir «Buenos días» o leer el cartel de «Silencio. Se graba». Ella era incapaz. Cuando mi padre murió, me puse a trabajar enseguida. No tengo estudios, pero soy una mecánografa excelente, sé teclear en tres idiomas...

»Bueno, volviendo a lo de la profecía. Tenía una vieja amiga, una inglesa, que se había quedado atrapada en Ru-

sia desde los años veinte. Hay una pequeña colonia de ingleses rusos. Yo, por supuesto, los conozco a todos. Son comunistas o ingenieros que permanecieron en Rusia por diversas razones, incluso en los tiempos de la Nueva Política Económica. Bueno, la tal Anna Kork se había quedado por amor. A su hombre lo fusilaron, pero ella tuvo mejor suerte: sobrevivió. Había purgado sus años en un campo, por supuesto, y perdió una pierna. Apenas salía de casa. Daba clases de inglés. Y tiraba las cartas. Por hacer eso, no cobraba. Sólo aceptaba regalos. Me enseñó algunas cosas, yo también la ayudaba...

»Un día que yo ya llevaba un buen rato en su casa, vino a verla una mujer bellísima, la esposa de un general o de un alto funcionario del Partido: tal vez no pudiera tener hijos o tal vez hubiera ido a pedirle consejo para saber si tenía que adoptar uno, no estoy segura. Y Anna se puso a hablarle a su manera, en no sé qué demonios de lengua, con un acento marcadísimo. Hablaba ruso tan bien como tú y como yo, créeme, después de ocho años en un campo... Pero cuando lo creía oportuno, adoptaba ese acento... Y si la hubieras oído soltar tacos. ¡El Teatro del Arte se queda corto a su lado! Y, en definitiva, a aquella belleza no le decía ni que sí ni que no, sólo palabras ambiguas y sinuosas, como acostumbran a hacer las echadoras de carta: tendría un hijo, o tal vez no, pero era mejor que no...

»Y después, de sopetón, se volvió hacia mí y me dijo: "Tú comenzarás por el quinto, ¡no lo olvides! Por el quinto..."

»¿Qué es lo que comenzaría por el quinto? ¡Qué disparate! Pero a su debido momento lo recordé...

Irene hundió de nuevo la barbilla en la palma de la mano. Se quedó pensativa. Sus ojos tenían un leve brillo animal, como el de los gatos, que sugería comodidad, ternura y una ligera inquietud.

Zhenia tenía amigas, con ellas había estudiado en la universidad, mantenía conversaciones sobre temas importantes y de gran enjundia, sobre arte y literatura o sobre el sentido de la vida. Había defendido una tesis sobre los poetas modernistas rusos de principios de siglo, y con un tema muy refinado para la época: las resonancias poéticas entre los poetas de las corrientes modernistas y los simbolistas de la década de 1910. Zhenia había tenido una suerte extraordinaria; su directora de tesis era una mujer de edad avanzada que, con ese periodo de la literatura, se sentía tan a gusto como en su casa. La profesora Anna Veniamínovna, adorada por los estudiantes y sobre todo por las estudiantes, conocía a todos esos poetas no de oídas sino personalmente: había sido casi amiga de Ajmátova, había tomado el té con Mayakovski y Lily Brik, había oído a Mandelstam recitar sus poemas e incluso se acordaba de haber visto a Kuzmin en carne y hueso... Junto a Anna Veniamínovna, Zhenia había conocido a personajes relevantes, frecuentaba a intelectuales humanistas y aspiraba a convertirse con el tiempo también ella misma en un personaje importante. Para ser francos, nunca había oído tantas sandeces como aquella noche. Y sin embargo lo extraño era que aquella trivialidad parecía encerrar algo importante, sustancial y muy vital. Quién sabe, ¿tal vez era el tan manido sentido de la vida?

Además de saborear la exquisita embriaguez del oportuno, del silencio y de la oscuridad del exterior, donde entre las hojas de una gran higuera se estremecía la mancha de luz de la farola, Zhenia gozaba de la sensación (que ella intuía provisional) de desembarazarse de la inquietud de no haber resuelto importantes problemas personales (pero ¿de verdad eran tan importantes?).

Irene barrió las cartas de la mesa con la mano: una parte cayó al suelo, la otra parte aterrizó sobre la silla...

—Suzi se pasaba de la mañana a la noche acostada en el sofá con un libro, chupando caramelos. Ahora comprendo que tenía una depresión, pero entonces lo único que veía es que estaba a punto de transformarse en un bebé, en mi bebé. Imagínatelo, ¡eso fue antes de que le diera el ataque! No le daba de comer con la cuchara, por supuesto, pero si no le servía la sopa en el plato podía pasarse tres días sin comer... Entonces decidí que debía tener un niño urgentemente, mi propio niño, uno de verdad, porque no me apetecía transformarme en la madre de mi propia madre. Al menos así se convertiría en abuela, pasearía el cochecito... Me casé a toda prisa, con el primero que llegó. Un chico de mi escalera. Guapo y un auténtico cretino. Me quedé embarazada y durante nueve meses expuse mi barriga con orgullo, como si se tratara de una condecoración. Hablan de náuseas, malestar, tensión... ¿Qué más pueden tener las mujeres encinta? Pues bien, yo no sentí nada de eso. Dejé la máquina de escribir justo para ir a dar a luz. No había tenido tiempo de acabar de teclearlo todo, de entregar el trabajo. Me dije: «Bueno, daré a luz a toda prisa y después, con el niño, ya lo acabaré.» Me quedaban dos días de trabajo... Pero no fue así como pasó. El cordón umbilical se enredó. Mi niño se moría. La comadrona era joven, el médico era un perfecto cretino... Lo dejaron irse. Sólo habría hecho falta una vieja partera. Pero yo tenía dieciocho años, era una pobre tonta. Ve llevando la cuenta: murió mi primogénito, David, como quería llamarlo en memoria de mi padre. Todo me desbordaba: la leche, las lágrimas...

Irene miraba fijamente a Zhenia entornando los ojos, como si se estuviese preguntando si valía la pena continuar.

—A Sasha también se le enredó el cordón umbilical —dijo Zhenia con la voz sorda y agitada. Sabía que para un bebé aquello era muy peligroso, pero era la primera vez

que veía a una madre que había perdido al suyo a causa de ese nudo idiota, una madre que había servido lealmente a su niño durante nueve meses y al final lo había estrangulado...

—Al cabo de dos meses volví a quedarme embarazada. ¡Menuda soy yo! Cuando quiero algo remuevo cielo y tierra hasta que lo consigo. De nuevo llevé adelante el embarazo. Esta vez no fue un camino de rosas: tenía náuseas, hinchazones, entumecimientos... Pero nada, yo estaba llena de fuerza. Mi marido, un pobre imbécil, trabajaba como mecánico en un garaje. Ya te lo he dicho, me casé con el primero que llegó. Todo lo que ganaba se lo bebía. Físicamente era clavado a Alain Delon, pero más alto. Yo me pasaba el tiempo delante de la máquina de escribir, aporreando las teclas a conciencia, y no me iba nada mal. Para los caramelos de Suzi, me llegaba y bastaba. La primera vez estaba segura de que era niño. Esta vez había planificado una niña. Mi vientre crecía, pero yo disfrutaba de ser una mujer: en cuanto ganaba unas monedas me las fundía en una tienda infantil. Peúcos, camisitas, leotardos... Todo prendas de fabricación soviética, feas, vulgares. Yo crecí como una niña de la calle, me subía a las vallas... A mis padres al principio les asignaron la residencia en la ciudad de Voljsk bajo un nombre falso. Mi verdadero apellido no lo supe hasta los diez años. Habían suprimido el régimen de secretismo a mis padres y la hermana de mi madre nos envió el primer paquete. Dentro había una muñeca. Yo no soportaba las muñecas; ni siquiera quería ser una niña. Gritaba cuando me obligaban a ponerme una falda. Y cuando comenzó a crecerme el pecho, por poco no me ahorco. —Irene enderezó los hombros y su opulento pecho femenino tembló desde el cuello hasta la cintura.

Zhenia la miraba con un punto de envidia: ella sí que tenía una historia personal.

—Mi hija fue una belleza desde el primer segundo. No parecía un recién nacido, nada de mucosidades, rojeces o asperezas. Los ojos azules, el pelo largo y negro. Eso le venía del mecánico de coches. En cuanto a los rasgos de la cara, era mi vivo retrato. La nariz, la barbilla, el óvalo de la cara...

Zhenia tuvo la impresión de que veía a Irene por primera vez: por su rubicundez resplandeciente uno no se daba cuenta enseguida de que era bella. La forma ovalada de la cara, la nariz, la barbilla... E incluso los dientes; hay quien los tiene de caballo, pero los suyos eran dientes ingleses, largos, blancos, ligeramente sobresalientes, lo suficiente para que los labios se le levantaran, como ofreciéndose, a la espera.

—Desde que la vi, supe al instante que se llamaba Diana. De ninguna otra manera. Era pequeña, muy bien proporcionada, una figura femenina con las piernas largas. Y con un culito respingón. ¡Era la niña más bonita del mundo! Y no es pasión de madre... Todos se quedaban maravillados al verla. Al mecánico, lo puse de patitas en la calle tres días después de salir de la maternidad. Sólo con verlo me ofendía. La primera vez que él la tomó en sus brazos, lo tuve claro: era preciso que Diana tuviera otro padre. Aquello no tenía nada que ver conmigo. Yo todavía no era una mujer. Con el mecánico había sido un fiasco, pero yo ni siquiera lo comprendía. Cuando la tomó en sus brazos, vi qué clase de bestia era. Era mi hija la que me lo mostraba. Ella era inteligente y tranquila. En toda mi vida no he visto mujer como ella, ¡no bromeo! Sabía perfectamente cómo comportarse con cada persona y lo que podía esperar de cada una de ellas. Figúratelo, estaba llena de indulgencia hacia Suzi. Si la dejaba con su abuela, no lloraba. Comprendía que no serviría para nada. Cuando tenía cuatro meses, comencé a leerle li-

bros. Si le gustaba decía: «Sí-sí-sí.» Si no le gustaba: «No-no-no.» Con seis meses, lo comprendía todo, absolutamente todo, y con diez meses comenzó a hablar. Había balbuceado durante un mes, y después dijo: «Mamá, la mosca vuela.» Y era verdad, había una mosca...

»Le di el pecho durante mucho tiempo, la leche no se me retiraba y a ella le gustaba. Ella se apretaba contra mí, mamaba y después me acariciaba el pecho con la mano y me decía: “Gracias.” Después pesqué la gripe. La fiebre me subió a más de cuarenta, yo estaba molida. Ya no podía darle el pecho. Vinieron corriendo todas mis amigas, daban de comer a Diana kéfir y gachas. Tenía ya casi un año. Ella quería venir conmigo, pero no se lo permitían, para que no se contagiara. Me gritaba desde su habitación: “¡Mamá, no lo comprendo!” Suzi también cayó enferma. Era una gripe tan contagiosa que todas mis amigas, una tras otra, la pillaron. No me acuerdo de nada.

Irene se tapó los ojos con las manos, como para protegerse de una luz intensa. Los cabellos le cubrían casi toda la cara. Zhenia ya sabía que alguna cosa terrible se iba a producir ahora, es decir, se había producido entonces... Y sin embargo todavía albergaba alguna esperanza.

—Después me levanté y me acerqué a Diana: ardía —siguió contando Irene, y Zhenia notó que la nariz y los pálidos párpados de la inglesa se habían enrojecido—. Llamé al médico. Enseguida le suministró antibióticos. Después de dos inyecciones, Diana tuvo una reacción alérgica. Estaba llena de puntitos rojos. Bueno, era mi hija. Yo soy alérgica también. Le prescribieron el mismo medicamento que a mí. Pero en una dosis veinte veces menor. Yo cada vez estaba peor. Tenía cuarenta de fiebre y por momentos perdía el conocimiento. Me recuperaba: le daba kéfir a Diana, le daba kéfir a mamá. De vez en cuando alguien venía y al-

guien se iba. Tuve una bronca con la doctora, que quería hospitalizarnos de inmediato. Pasaban algunas amigas. La vecina. Recuerdo que se presentó también el mecánico. Borracho. Lo eché.

»Me levantaba como en un sueño, ponía a Diana sobre el orinal, la cambiaba, le daba la pastilla... Ella, mi tesoro, se apartaba del espejo, decía “No quiero”... No le gustaba tener granos en la cara.

»Las cajas de sus pastillas eran exactamente igual que las mías, Zhenia. No sé cuántas le di. Además, yo ya no tenía noción del tiempo. Tenía cuarenta de fiebre, así que las horas... No distinguía la mañana de la noche. Pero me acordaba perfectamente de que tenía que darle a Diana su medicina. Era diciembre, estaba oscuro todo el día. El 21, el día del solsticio de invierno, me levanté, me acerqué a ella y la toqué: estaba fría. Le ha bajado la fiebre, pensé. La lamparilla estaba encendida. La miré: su carita estaba blanca, completamente blanca. Ya no tenía granitos. No la desperté, me volví a acostar. Después me levanté otra vez pensando que era hora de darle la medicina. Fue sólo entonces cuando comprendí que mi preciosa Diana había muerto.

Zhenia veía la escena como en una película: Irene vestida con una larga camisa de dormir blanca, inclinada sobre una cama infantil, tomando entre sus brazos a una niña, también ella con un camisón blanco. La única cosa que no veía era la cara de la niña, porque quedaba oculta por aquella brillante cabellera pelirroja que hoy todavía vivía, se enortijaba, resplandecía... Pero Diana, Diana ya no estaba...

Zhenia era incapaz de llorar, algo se le había acumulado en el corazón formando una bola amarga, y las lágrimas no le brotaban.

–Enterraron a mi hija sin mí. –Irene miró a Zhenia a los ojos con una mirada tan directa y despiadada que Zhe-

nia pensó: «Dios mío, ¿cómo puedo pensar en todas esas tonterías, cuando en la vida pasan cosas semejantes?»—. Yo tuve una meningitis, me pasé tres meses en varios hospitales y después aprendí de nuevo a andar, a coger una cuchara. Yo tengo siete vidas, como los gatos. —Estalló en una carcajada amarga.

Sí, Irene tenía una voz insólita, una vez la oías era imposible olvidarla: ronca, suave, parecía que fuese la voz de una cantante que se contiene porque si se pusiera a cantar, a todo el mundo le entrarían ganas de llorar, de sollozar y de precipitarse allí donde ese canto de sirena mandara ir...

Y ese canto supuestamente magnífico hizo que Zhenia se desmoronara, que se pusiera a llorar, y la corrosiva amargura segregada por aquel relato se derramó en un mar de lágrimas. Irene le puso en la mano un pañuelo blanco de encaje, impregnado de perfume, y Zhenia lo dejó empapado al instante.

—Ahora tendría ya más de quince años. Sé exactamente qué aspecto tendría, cómo hablaría, cómo se movería. Su estatura, su figura, su voz; lo sé todo con una precisión absoluta. Sé qué personas le gustarían y las que evitaría. Cuáles son los alimentos que preferiría. Y los que no podría soportar.

Irene hizo una pausa, y Zhenia tuvo la impresión de que su mirada escudriñaba en la oscuridad, como si allí, en la esquina, hubiese una chica, delgada, con los ojos azules y el cabello negro, pero completamente invisible...

—Lo que más le gusta del mundo es dibujar —prosiguió Irene sin apartar los ojos de la oscuridad que se espesaba en la esquina—. Ya con tres años se veía que estaba predestinada a convertirse en pintora. Sus cuadros eran absolutamente fabulosos. Hacia los siete, recordaban especialmente los de Ciurlionis. Después, su dibujo se volvió más firme, si bien conservó ese lado de misticismo y ternura...

«Locura», pensó Zhenia. «Locura pura y dura. Perdió a su hija y se volvió loca.»

Pero no lo dijo en voz alta. Irene se echó a reír y sacudió sus hilos de cobre. Pareció que su cabello casi se pusiera a tintinear.

—Bueno, es locura, si quieres. Si bien toda locura tiene una explicación racional. Una parte de su alma permaneció en mí. A veces, no sé qué me da que siento deseos de dibujar. Y dibujo. Lo que Diana habría dibujado. En Moscú te lo enseñaré, tengo carpetas enteras repletas de los dibujos que ha hecho durante todos estos años...

El oporto se había acabado hacía mucho rato. Eran las tres pasadas y se separaron; era imposible añadir una palabra a lo que acababa de decirse...

Por la mañana dieron un largo paseo todos juntos. Llegaron hasta correos, llamaron a Moscú. Después comieron a orillas del mar en un pequeño restaurante de especialidades asiáticas. Zhenia estaba segura de que el apetitoso olor de los *chebureki* les ocasionaría pérfidamente alguna clase de enfermedad gastrointestinal como la disentería, pero esperaba que Sasha, fiel a su minimalismo alimenticio, rechazara aquellos olorosos pastelillos triangulares. Sin embargo, Sasha dijo que sí y, de nuevo, comió un alimento que no figuraba en su lista sagrada. Ya era la segunda vez...

Las veladas pasadas bebiendo oporto, al menos en tan pequeño comité, tocaban a su fin: al día siguiente llegaban dos amigas de Irene, a una de las cuales, Vera, Zhenia conocía muy bien; era ella quien le había dado la dirección de aquella casa, en la calle Primorskaya. Y Zhenia, por adelantado, se sentía apenada por no poder continuar con aquella amistad a solas.

La última velada comenzó más tarde de lo habitual

porque Sasha se comportó como un caprichoso durante un buen rato y no dejaba que Zhenia se fuese. Se adormecía, se despertaba, lloriqueaba, se volvía a dormir, y Zhenia se quedó traspuesta, acurrucada a su lado. Si Irene no hubiese llamado a su ventana hacia las once, se habría quedado dormida hasta la mañana siguiente así, con los pantalones y el jersey puestos.

De nuevo había dos botellas de oporto de Crimea, las tinieblas más allá de la ventana, esta vez incluso sin farola porque aquel día se había ido la electricidad y la terraza estaba iluminada por dos grandes velas blancas traídas desde Moscú para una contingencia como aquélla. Suzi y Donald hacía rato que dormían en la habitación, e Irene estaba en la terraza, sentada en una butaca profunda, arropada con sus cuadros rojos y verdes, y las cartas desplegadas ante ella.

—Esto es *La subida al cadalso*, un viejo solitario francés que no se consigue más de una vez por año. Y ahora, mientras te estaba aquí esperando, lo he logrado... Es una señal muy favorable para la casa, el momento, este sitio... En parte también para ti. Aunque a ti las protecciones te vienen de otra parte, de otro elemento...

Zhenia, que tenía una vaga inclinación por lo sobrenatural pero se sentía un poco avergonzada de ese atavismo, se armó de valor e hizo la pregunta obligada:

—¿Cuál es mi elemento?

—¡Eso se ve a la legua! Es el agua. Tu elemento es el agua. ¿No escribes poesía? —le preguntó Irene en un tono de voz pragmático.

—Antes sí que escribía. A decir verdad, hice mi tesis sobre la poesía rusa del siglo pasado —confesó Zhenia, un poco cohibida.

—¡Oh, ya veo! Los peces son naturalezas poéticas... Viven en el agua.

Zhenia enmudeció, impresionada. En efecto, su signo zodiacal era Piscis.

—Con veinte años, Zhenia, yo ya era madre de dos niños muertos —continuó Irene sin preámbulos, retomando el relato donde se había interrumpido el día antes—. Después me hicieron falta dos años y medio para aprender a vivir. Tuve ayuda. De allí... —Hizo con la mano un gesto vago, dirigido más o menos hacia el cielo—. Y después encontré al hombre que me estaba predestinado. Era un compositor, un aristócrata ruso; su familia se había refugiado en Francia durante la Revolución y había vuelto después de la guerra. Era quince años mayor que yo. Y, por extraño que parezca, nunca se había casado, si bien su biografía, en cuanto a mujeres se refiere, había sido rica. Su padre había sido el secretario personal de un ministro, durante un tiempo incluso había sido miembro de la Duma. En cierto sentido, era todo lo contrario a mis ancestros comunistas anglo-holandeses. Sin embargo, su padre, Vasili Illariónovich (no citaré su apellido, es muy conocido en Rusia), se parecía a mi padre de manera asombrosa, tanto física como moralmente. Detestaban a los comunistas. Pero a mí me acogieron, a pesar de todos los comunistas que arrastraba detrás de mí.

»Por otro lado, no tenían elección: Gosha y yo estábamos locamente enamorados, enseguida caímos en los brazos el uno del otro, y a la mañana siguiente me llevó al registro civil para casarnos, considerando que todo estaba decidido y era irrevocable.

»Así fue como inicié mi segunda vida, donde no había nada del pasado, excepto mi madre, que, Dios la bendiga, no se había enterado de nada. ¡Pero no creas que fue después de su ataque! ¡Fue antes!

»En realidad no se había dado cuenta de nada. De vez en cuando, llamaba a mi segundo marido con el nombre

del primero. A Gosha y a mí nos daba la risa... Él había hecho sus estudios en Francia y en Inglaterra, luego habían vuelto a Rusia en los años cincuenta, vivieron cierto tiempo en confinamiento... En fin, qué quieres que te diga, la típica historia. Nos conocimos el año en que su familia por fin recibió la autorización para vivir en Moscú: les dieron un apartamento de dos habitaciones en Beskúdnikovo por ser descendientes de un decembrista. A cambio de la dacha que tenían cerca de Alushta y su residencia de San Petersburgo, en el canal del Moika.

A Zhenia se le cruzó por la cabeza un pensamiento confuso y vago sobre por qué misteriosa ley se combinaban tan bien personas fuera de lo común como la hija de un espía ruso de origen inglés y el descendiente de un decembrista, nacido en el exilio, en París... Quiso incluso comentárselo a Irene, pero no se atrevió a interrumpir su parsimonioso relato, casi meditativo...

—Me quedé embarazada enseguida.

Irene sonrió, no a Zhenia, sino al vacío.

—Gosha no sabía que yo ya había perdido dos niños. Se lo había ocultado. No quería que me compadeciera... Fue el embarazo más feliz del mundo. Mi vientre crecía con una fuerza increíble, y Gosha se pasaba las noches acostado sobre mi barriga, escuchando. «¿Qué escuchas?», le preguntaba. «¡Los escucho hablar!» Él estaba convencido de que tendríamos gemelos.

Al final los médicos constataron que oían latir dos corazones. Y di a luz a dos magníficos niños, uno pelirrojo y otro moreno. Los dos pesaron más de tres kilos. Créeme si te digo que desde el primer segundo se llevaron a matar, hasta el punto de que se repartieron a los progenitores: Aleksandr, el pelirrojo, me escogió a mí, y Yákov, el moreno, escogió a Gosha. Era durísimo.